

al cual los mexicanos queremos, aplaudimos y consideramos como compatriota.

Pronto partirá Federico Rodríguez á Paris : que ya es justo que busque amplio campo á sus aspiraciones y á sus trabajos ; despues irá á Colombia, y tal vez no vuelva á vernos ; pero puede creer que aquí vivirá siempre su cariño, como una estrella de primera magnitud, en el cielo de nuestros más caros recuerdos.

La amistad — dice Byron — es el amor sin sexo, y no la apagan el tiempo, la adversidad, ni la distancia.

SELGAS

Nada me impresionó tanto en los primeros días de mi vida literaria como un libro intitulado « La Primavera y Estío » — Son los versos más tiernos, más dulces y más sanos que han caído en mi biblioteca. — Hablan allí las flores, las nubes, los arroyos, las fuentes, las brisas y las aves.

Hay violetas que reinan, claveles que son emperadores, sauces que lloran filosofando, laureles que despiertan ambiciones de gloria, y entre tantos dulces engaños, pensamientos como astros por su brillo y su tamaño, y ternuras como arrullos de niños ó confidencias de virgen.

El autor de este precioso libro es D. José Selgas y Carrasco.

Era yo, cuando leía esas páginas, un niño que ya hacía versos y que por esto amaba entrañablemente á cuantos como yo medían renglones, fueran grandes

ó pequeños, viejos ó jóvenes, nacionales ó extranjeros.

Si yo llego algún día — me dije entonces — á conocer á Selgas, le he de dar un abrazo tan estrecho y tan largo que tendrá que reprenderme por tosco y por impertinente.

Esto que pensé lo dije á un amigo en uno de los corredores de la Escuela de Agricultura, cuando era D. Joaquín Varela, Director, y cuando todavía no sacaban á las trincheras de la revolución los más bellos aparatos de física que tuvo en su gabinete dicho colegio.

Ni puedo ni intentaré describir con qué entusiasmo recitaba los versos de la Primavera y el Estío, ni diré tampoco cómo llegué á aprender todos de memoria y cuánto me hacían reflexionar en medio del más puro romanticismo, siempre que en algún jardín los recordaba en presencia de las dalias, claveles, mirtos, violetas y musgo que á mis ojos aparecían como los vivos personajes de mi predilecto poema.

Sabía que á Selgas lo había protegido el conde de San Luis; sabía que su original prosa cautivaba á todos los lectores y que ningún periódico dejaba por entonces de engalanarse en todas las tierras donde se habla español, produciendo artículos como « La Luz » por ejemplo, que son ricos tesoros de altos pensamientos.

El tiempo ó para determinarlo más, los años, pasaron y llegó un día, cuando Selgas ya no estaba en boga como poeta pero sí ocupaba un cómodo sillón en la Real Academia, en que yo llegué á la coronada villa y sin respeto á los demás ni miedo á mis débiles fuerzas me solté leyendo versos en todas las partes en que me soportaban tan empalagosa lectura.

Mi pensamiento dominante era conocer, hablar y tratar á Selgas, pero no encontrándolo al paso me decidí á indagar su domicilio; pronto me lo dijeron y fuime á buscarlo con el afán del que pronto ha de realizar una ilusión muy vieja.

Selgas vivía entonces en un tercer piso, con la mayor modestia, pobre y olvidado.

Di mi tarjeta, me hicieron pasar á una pequeña sala y no habían transcurrido tres minutos, cuando apareció un hombre delgado, de regular estatura, entrado en años, con gran frente, ojos pequeños y expresivos, nariz larga, bigote caído sobre los labios y una poblada pero pequeña piocha saliente, que daba á su rostro un perfil característico.

Me saludó cortésmente y como si nos conociéramos de tiempo atrás, le dije cuán grande era mi afán de tratarle, y me explicó en períodos cortos y elegantísimos, brillantes y naturales, semejantes á sus artículos, su vida y sus tareas literarias.

« Ya ve usted, me dijo, que mientras la pobreza me tiene más abajo, yo vivo más alto; soy muy pobre y poseo la mayor de las riquezas, porque carezco de apetitos caros; busco á mis amigos viejos, porque ya no ven mis viejos amigos y cuando alguno viene á buscarme, como usted, por ejemplo, para hablarme de lo que no son deudas, ni rencores, ni política, me siento feliz y me comprometo á servirle en todo lo que me crea útil, ya que no fui con oportunidad útil para todo lo que podía servir. »

Le quise desde que leí sus versos, me cautivó cuando le oí hablar y me enorgullezco de haber sido también, desde aquella vez, uno de sus amigos que nunca dejaron de olvidarle.

Era como me lo había figurado, igual á como pensaba, á como escribía, á como hablaba.

Hay entre el hombre y el poeta una gran diferencia; hay hombres inmorales que sólo escriben de

moral, poetas que en sus versos son verdaderas palomas y que en la vida real no hay tigre hircano que se las compare.

Selgas era como escribía; dulce, original, sincero y siempre honrado, á todas horas honrado.

Desde el día en que fui á verle, no dejé de subir, tres veces por semana, las altas escaleras de su casa y me causaba asombro ver en tan triste posición social á un hombre de tan claro talento.

Á poco tiempo se fué á Murcia, volvió dos meses después á Madrid y un día vi que se detuvo á la puerta de mi casa un carruaje, cuyos cocheros vestían la lujosa librea de los Ministros de la Corona.

Bajó del coche un caballero, que subió con gran rapidez la escalera y llamó á mi puerta; le hicieron pasar á la sala, y salí á verle; me abrió los brazos y le estreché entre los míos: era Selgas, mi poeta querido, nombrado por el General Martínez Campos, Secretario de la Presidencia del Consejo de Ministros.

« Vengo á decir á usted, me dijo, que soy el de siempre; aunque tenga yo muchas ocupaciones bastará con que me den su nombre para que pase á hablarme en todas partes y sepa que á mi sala de oficina irán por la tarde mis amigos viejos, como Cañete, Fernández Guerra y otros, y hablaremos mucho de letras. »

Cuando se retiró de casa salí á ver aquel coche en que era saludado con respeto por cuantos le encontraban al paso, un hombre que me había dicho al oído con la mayor modestia del mundo « para usted sigo de persona, no se asombre de los que hoy hagan reverencias al personaje; éstos no subieron nunca las seis escaleras de mi casa. »

Guardo con profunda veneración las cartas de Selgas, escritas desde Murcia, todas autógrafas y las que puestas por su escribiente me dirigió en contestación de algunas mías cuando ya era Subsecretario.

Hay entre éstas una que revela lo mucho que le complacía servir á sus amigos.

Sucedió una vez que al llegar á mi casa, mis viejos porteros se me acercaron llorando y diciéndome con voz entrecortada « Señorito, sólo á usted, á quien visita su Excelencia el de la Presidencia del Consejo, le podemos contar nuestra pena de hoy. »

— ¿Qué pasa? les pregunté.....

— Nuestro hijo José ha caído en quintas y va á ser soldado sin remedio, sálvelo usted por sus benditos padres! Sálvelo usted!

Vime enfrente de dos ancianos, arrodillados, llorando; y que toda su confianza la ponían en mí por ser amigo de su Excelencia.

Fuí á buscar al eminente autor de « La Manzana de Oro » y le pregunté : ¿ será imposible salvar á un mozo navarro que ha caído en quintas y que no tiene defecto corporal que lo liberte del servicio, ni reemplazo, ni ocho mil reales para librarse del rigor de la ley?

— Para usted no hay imposible, habrá dificultades; mañana le contestaré á usted.

Hay que advertir que el General Martínez Campos desempeñaba la Cartera de Guerra á la vez que la Presidencia del Consejo y podía el Subsecretario llevar su influencia cerca del Ministerio Militar.

¿Qué hizo Selgas para servirme? No lo sé; alguien me habló de dificultades insuperables y de grandes pasos; pero él buscó un medio de hallar salida al

asunto, correspondió á mis deseos y como me lo ofreció, al otro día recibí una carta suya, toda de su puño y letra, que dice lo siguiente :

« Queda obsequiada su petición. En esto y en todo lo que se le ofrezca le servirá gustoso su amigo : — Selgas. »

Mis porteros lloraron de alegría y el mozo, artesano muy laborioso, quedó al lado de ellos, ayudando con sus ganancias á endulzar la vida de sus padres.

Cuando cambió el Gobierno, Selgas volvió á su vida tranquila; yo me despedí de él casi con las lágrimas en los ojos, y á los pocos años de estar en México, tomé una mañana un periódico y me encontré la siguiente terrible noticia : el cantor de las flores ha muerto.

¡Qué dolor tan intenso sentí en mi corazón! ¡qué profundo pesar embargó mi alma!

Era todo un poeta caballero; era un gran talento y un gran corazón.

Parecía uno de esos trovadores de antiguas edades, que lo mismo tañían la lira como exponían su sangre por la defensa de sus ideas.

Selgas estaba señalado por algunos como fanático y carlista. Jamás hablé con él de nada que contrariara su fe religiosa ni su fe política.

Ni del Papa ni de Don Carlos hablamos nunca, porque á mis amigos los admito y los quiero como son; sin que para mi cariño ni para mi respeto, sean obstáculo sus ideas, sus defectos, ni sus costumbres.

Grilo escribió un precioso soneto á la muerte de su inolvidable amigo, primer prologuista de sus versos.

No podré olvidar nunca á tan esclarecido poeta, á tan honrado padre, á tan leal amigo.

Hay alguien quien diga que en el pueblo no reside la virtud del agradecimiento.

Yo le enseñaré junto con los autógrafos que poseo de Selgas, una pequeña carta, escrita con malísima

letra, por el portero que tuve más de dos años en la casa de Madrid, en que me dice :

« Mi hijo José, (el salvado de quinta), mi Alejandra y yo, hemos mandado decir seis misas por su Excelencia. »

Su Excelencia era Selgas, que con el tratamiento de inmortal, es hoy gloria de España, orgullo de las letras castellanas, é inolvidable recuerdo de mi corazón.

¡ Duerma en paz el dulce cantor de la primavera !

Nuevas aves y nuevas flores coronarán de cantos y de esencias su tumba, en el cementerio, como coronan los aplausos de los hombres que sienten, su nombre en el campo de la gloria.

UN LIBRO VIEJO

Tengo abierto delante de mis ojos y encima de mi mesa, un humilde libro, sobre cuyas hojas he dejado caer más de una lágrima.

Es un libro que todos miran con desdén y que para mí vale un tesoro.

Nadie lo conserva en su biblioteca ; no lo venden en las casas de Bouret ni de Buxó ni de Murguía y los libreros de viejo, esos que son los mejores bibliófilos « ex-catedra » son los únicos que suelen tenerlo y entonces se lo hacen pagar á muy buen precio.

Y el libro en sí podrá ser todo lo malo que se quiera, pero la idea que entraña y la manera con que se formó, siempre serán hermosas.

El afán de dar á un periódico entre nosotros toda

la importancia y el interés que requiere, agrupando en su redacción todos los elementos de actividad, inteligencia y erudición indispensables, no es de ahora, y allí están « El Federalista » y « El Eco de Ambos Mundos » en comprobación de nuestro aserto.

El triunfo de la causa republicana en 1867, despertó un entusiasmo inusitado en los poetas y en los escritores mexicanos. Las veladas literarias de que ya hemos hablado fueron el lazo de unión para nuestros mejores ingenios y no hacía un año que el Sr. Juárez había vuelto al poder, cuando ya habían salido de las prensas mexicanas muchas obras de importancia.

Vicente Riva Palacio y Juan A. Mateos escribieron novelas que el público leía con avidez y compraba sin cansarse. — Riva Palacio escribió « Monja y Casada Virgen y Martir », « Martín Garatuza » « Calvario y Tabor » « Las dos Emparedadas » y « Don Guillén de Lampart. » Juan Mateos entusiasmó al pueblo con « El sol de Mayo » en que hay una brillante descripción de la batalla en que fueron vencidos los franceses el 5 de Mayo de 1862 y « El Cerro de las Campanas » en que se refieren muchos episodios de la tragedia de Querétaro. — Altamirano, con una laboriosidad infatigable, publicó su novela « Clemencia », sus « Rimas » y magníficos estudios de arte y letras así como leyendas y tradiciones que cautivan á cuantos las leen. — Jose T. de Cuellar publicó su Linterna mágica dando á conocer su « Ensalada de Pollos », su « Historia de Chucho el Ninfo » y su « Isolina la ex-figuranta » que son cuadros de mano maestra en que palpitan de bulto las costumbres de nuestra sociedad. — Guillermo Prieto escribió revistas de las que yo conservo los autógrafos, pintando las fiestas, las costumbres y los sentimientos del pueblo. Nicanor Contreras Elizalde dió á la estampa sus poemas bíblicos y José Peón y Contreras sus poemas

aztecas. — Hilarión Frías y Soto tradujo y comentó el libro de Keratry sobre Maximiliano; Juan de Dios Arias publicó el proceso del infortunado príncipe, y las « Memorias de mi vida » obra del mismo monarca aparecieron á un mismo tiempo traducidas por los abogados Luis Méndez y José María Linares y por el festivo escritor Lorenzo Elizaga. — Vicente Riva Palacio y Manuel Payno, publicaron « El Libro Rojo » en lujosísima edición; Enrique de Olavarría dió á luz su novela « El Tálamo y la Horca » y otros muchos escritores limaban é imprimían sus obras.

En días de tan noble labor y de tan grande entusiasmo por las bellas letras, natural era que los jóvenes que soñábamos en entrar á ese mundo color de rosa nos agrupáramos también y contribuyéramos con nuestros ensayos al movimiento literario que animaba á todo el país.

Había una imprenta en el número ocho del Portal del Coliseo Viejo, que se llamaba « Imprenta de la Bohemia Literaria » y en la cual nos reuníamos con escritores de reputación los que por el año de 1872 ya habíamos dicho discursos y poesías en las festividades patrióticas y en consecuencia ya estábamos por decirlo así, ungidos con el indulgente aplauso de amigos, compañeros y personas de buena intención.

Por mañana y tarde, se encontraban allí á los « bohemios » de entonces y en honor de la verdad, nada más provechoso para el ingenio que aquellas reuniones en que Juan E. Barbero, editor de « El Eco de Ambos Mundos » era el más perseguido y mimado de los poetas noveles.

Un día, ese buen Juan, que no envejece y que todavía se consagra con asiduidad plausible á trabajos tipográficos, poniendo sus cinco sentidos para complacer al público, nos convocó á los muchachos y nos dijo que aceptando la idea de Agustín F. Cuenca iba á publicar en el folletín de su diario una colección de

versos en la que todos figuráramos por orden alfabético.

Como lo prometido es deuda, á los pocos días apareció la obra; se hizo un sobretiro y aquí está delante de mis ojos y encima de mi mesa uno de aquellos ejemplares.

¿Cómo éramos entonces los que en la obra figuramos? El prólogo que es muy breve, lo dice bien claro en los siguientes términos:

« Los autores de las poesías de esta colección comienzan á atravesar el camino de la vida; están en esa edad en que del sentimiento brotan flores purísimas para adornar el horizonte interminable del porvenir; su época es de promesas; la primavera arroja su vegetación exuberante hasta en sus cantos de escepticismo. »

« Si quieren dudar, nuestra naturaleza los hace creyentes. Por esto sus composiciones conservan un tipo especial; no queremos decir que todas sean buenas, pero sí creemos útil el publicarlas; tal vez de este modo ayudaremos al que se proponga hacer un estudio de nuestra literatura.

« Nuestros jóvenes poetas no han seguido las reglas de una misma escuela; el lector encontrará una imitación de los clásicos al lado de unas estrofas románticas; pero, si no nos engañamos, del conjunto puede esperarse la próxima formación de una literatura patria.

» Nuestro volumen es humilde como las primeras flores que no piensan en llenar el jardín con su belleza. Quiera el público recibirlo con agrado; tales son nuestros deseos. »

Y aquí está aquel libro que ya cuenta desde su aparición á la fecha, diez y nueve años de vivir conmigo.

Treinta y seis soñadores muy jóvenes entonces, contribuimos con nuestros versos para formar esa

colección simpática que ahora me parece un panteón de familia.

De aquellos que nos reuníamos día á día para esperar los halagos de un porvenir que se nos escondía entre densas nubes, vivimos los siguientes :

Enrique L. Abogado, médico ; Gustavo A. Baz, encargado de nuestra Legación en París ; Alberto G. Bianchi, periodista hoy ausente ; Luis Calderón, abogado residente en Puebla ; Francisco Cosmes, diputado y periodista eminente ; Alberto del Frago, redactor del Diario de los Debates de la Cámara de Diputados ; Agustín García Figueroa, médico muy notable residente en Jalapa ; Juan B. Garza, profesor de filosofía en el Instituto del Estado de México, vive en Toluca ; José Manuel Gutiérrez Zamora, Mayor de Caballería empleado en la Comandancia Militar y redactor de varios periódicos ; Alfredo Higareda, médico laborioso, está ausente ; Francisco Montaña Ramiro, abogado y diputado á la Legislatura de Michoacán, residente en Morelia ; Manuel de Olaguibel, abogado, vive en Toluca con un cargo de importancia ; José Olmedo y Lama, profesor del Colegio Militar ; Francisco de P. Ortiz, empleado de hacienda, ausente ; Miguel Portillo, grabador de la Academia de Bellas Artes ; Rafael Rebollar, abogado que ejerce una magistratura de la Suprema Corte ; Javier Santa María, Jefe Político de Progreso (Yucatán) ; Justo Sierra, abogado, diputado y profesor de Historia Universal en la Escuela Nacional Preparatoria ; Agapito Silva, diputado y redactor de « La Patria » ; Francisco Sosa, autor de muchas obras que enaltecen al país, empleado en la Secretaría de Fomento ; Eduardo E. Zárate, abogado, Magistrado de la Corte de Justicia Militar ; Rafael de Zayas Enriquez, asesor de la Comandancia, profesor de historia en la Escuela de Agricultura y redactor del « Siglo XIX » y..... el que escribe estas líneas.

Contad ahora los muertos y decidme si no tengo

razón para entristecerme recordando á mis compañeros en aquellos días de lucha, de ensueños y de esperanza.

Manuel Acuña, Agustín V. Bonequi, Agustín F. Cuenca, Martín Fernández de Jáuregui, Francisco de P. Guzmán, Francisco de A. Lerdo, Severino Mercado, José Negrete, José Vicente Omaña, Ramón Rodríguez Rivera, Manuel María Romero, Santiago Sierra y Rodolfo Talavera.

¡ Trece en diez y nueve años !

Y algunos de ellos llenos de inspiración, de méritos, de bondad y de vida !

¡ Oh pobre libro mío ! Ya están tus hojas amarilleando al paso de los años.

Los versos que encierras, yo ví cómo se escribieron, cómo se publicaron y cómo han sido más tarde acogidos ó desdenados por el público.

Muchas de tus páginas me parecen lápidas, como que ya no viven los que con su ingenio las llenaron.

Obra de jóvenes siempre serás un jirón azul en el cielo de mis recuerdos ¿ qué importa que te haya enlutado la suerte ?

Para el corazón no hay ausentes ni muertos ; por eso cuando á solas abro tus páginas, siento dentro de mí el aleteo de mis ilusiones pasadas, convoco á mis hermanos que ya no viven, me imagino que están junto á mí los que todavía andan dispersos alcanzando triunfos ó callando penas ; vuelvo á las horas de románticos devaneos y me siento más vigoroso, más lleno de sangre y de espíritu, más feliz, en una palabra !

Queda siempre conmigo, pobre y amado libro mío ; no se estremezcan tus hojas cuando caiga sobre ellas la lágrima de un recuerdo y sé siempre el humilde altar de mis primeras devociones de poeta.

¡ Eres mi pasado, mi fé, mis ilusiones ! Dios bendiga á quien te puso tan expresivo nombre, pues de

ninguna otra manera podría llamarte ; tu historia, tu esencia, tu mérito, están condensados en tu título :
¡ LA LIRA DE LA JUVENTUD !

GUILLERMO PRIETO

(DEL LIBRO " MIS AMIGOS. ")

Vedlo..... allí vá. Anda con paso tardo ; cubre su cabeza con un sombrero negro abollado de la copa, algo ancho y caído de las alas ; su fisonomía relampagueante, sus ojos pequeños y vivos que se abren y se cierran constantemente, están siempre asomándose por los claros cristales de unos anteojos con patillas de oro. Su bigote ya cano cae sobre los labios y las hebras canas también, de la extremidad de la barba, se estremecen y tiemblan á menudo como barriendo la corbata. Viste una holgada levita negra y por la inmensa boca del chaleco, la insurrecta pechera de la camisa sale queriendo abrirse contenida por un riquísimo botón de brillantes.

Vedlo..... allí vá. Le saludan todos, viejos y niñas, matronas y doncellas, los decentes y la plebe, y él casi á todos los tutea y los llama por sus nombres. Es respetuoso, galante y dulce con las damas ; amoroso y tierno con las jóvenes y con los niños ; sencillo, fraternal y franco con los hombres de todas las clases.

De sus labios salen los adioses en estas formas :
« adiós, hijo mío » « adiós, hermano » « adiós, artista » adios, mi vida. »

Vedlo..... allí vá. Se llama Guillermo Prieto, peina más de sesenta años, es poeta desde que vino al mundo ; liberal desde que abrió los ojos ; franco y bondadoso desde antes de que lo bautizaran.

¡ Paso al Maestro !

Yo no soy biógrafo ni quiero serlo ; digo de los hombres lo que sé y lo que me parecen ; este libro no es un diccionario sino un salón en que están reunidos mis maestros, mis amigos y mis conocidos.

¿ Qué es para mí Guillermo Prieto ? ¡ Es tanto ! Cada vez que lo encuentro me lo quedo mirando con respeto.

Hay en ese hombre muchas fases ; todas las de nuestra historia contemporánea. Ha llenado con sus inspirados versos todos los periódicos de este país en que he nacido ; su voz ha vibrado en todas las tribunas, desde la adusta del foro, la severa de la cátedra, la imponente de la asamblea y la tempestuosa del club, hasta la que se improvisa en el guarda-cantón de una esquina para saludar, contener, alentar ó vencer á las masas.

Ha cantado todo lo grande y todo lo bello. Su pluma como las mejores espadas de los caballeros medievales ha defendido lo nuevo y ha herido por su base lo que ya no conforma la índole de este siglo luminoso.

Ha padecido y ha gozado ; la pobreza le puso un día su corona de espinas y su manto de harapos ; más tarde la opulencia y el rango le dieron un dosel de seda.

En la primera conoció las bellezas del alma y en la segunda las maldades del corazón humano. Desde entonces amó más al pueblo, se identificó íntimamente con sus amarguras, cantó sus ideas, pintó sus costumbres, estudió y enalteció sus méritos y fué su heraldo y su ídolo. De allí nació « La musa callejera. »

Un día el tirano Rosas encarceló á José Mármol,

príncipe entonces reinante de la poesía argentina, y de esa cárcel y más tarde del destierro, brotaron aquellos tremendos alejandrinos y aquellas octavas del « Peregrino » que parecen esculpidas en bronce. Otro día Santa Anna, persiguió á Prieto y de las amarguras de esa persecución nació un hermoso libro "Viajes de Orden Suprema" conjunto de Catilinarias contra los enemigos de la libertad.

Ese libro aunque incompleto, porque el Genio nada hace completo, es grandioso. Su prólogo leído en estos tiempos semeja la trompeta bíblica que levantará á los muertos el último día.

Lares, Tornel, Rodríguez de San Miguel, Juan Antonio de la Fuente, José María Urquidí, el Dr. Guevara, el Sr. Iturbide, Blanco, Haro, Uraga, Ezequiel Montes, Arista, Gregorio Mier y Terán, el general Noriega, D. Tomás Marín, León Guzmán, Cervantes Ozta, D. Francisco Modesto de Olaguibel, Lacunza, Guillermo Valle, Pedraza, Francisco Ocampo, Juan Múgica, Marcelino Castañeda, Lafragua, Suárez Navarro, el Gral. Basadre, Miguel Lerdo, Ponciano Arriaga, Florencio M. del Castillo, Lombardini, Sabas Iturbide, Bustamante y Baranda, están vivos todavía en esas páginas, allí se les conoce, se les trata, se les comprende y después se les puede juzgar en la historia.

En ese libro no sólo están fotografiados los servilismos y la nobleza de los tiempos del vencedor de Tampico; no sólo está sabiamente vulgarizada la crónica de los más importantes sucesos desde los nombramientos de ministerio hasta las asistencias á los Te-Deum en Guadalupe, sino que se han aprovechado hasta los pormenores de aquel tiempo como la reyerta entre Cumplido y Rafael Rafael, y los coquetos con la pierna de palo del proscrito de Turbaco.

Hoy la república ha crecido en adelantos materiales,

pronto para fortuna nuestra no sabrán nuestros hijos lo que eran coches bombés, ni viajes en Diligencia; ya para ir á mudar temperamento no se carga con la cocina de la casa ni se prepara como si á morir fuera toda una familia.

En los Estados, la civilización ha cambiado las capitales y es preciso leer á Prieto para conocer el Querétaro de hace algunos años. Acaso ya no existe en la plaza de abajo, como él pinta: « el cajerito de raya abierta y corbata de nudo exagerado, con decir zalamero, la frente inclinada, la mano palpando el « gros brodé, » que arrulla á la niña de buen tono y sufre las pullas de la anciana acompañante que no puede entrar en ajuste, y estas conversaciones son floreadas con aquello de que el dibujo es bonito y llegaron muy pocos, y en México los tienen las señoras H y B que los lucieron en la Lonja. »

Hoy todas las capitales de provincia tienen Zócalo y sucursal de « La Primavera, » el primero con bancas de hierro y la segunda con dependientes que hablan francés y usan cosmético en el bigote.

Así como de aquellos tiempos nos deja Prieto vivas memorias en ese libro, en sus versos dejará para siempre impresas las costumbres del pueblo.

La china se ha perdido; el charro plateado, decididor, derrochador y ladino, ha desaparecido por completo y mañana cuando se pregunte por ellos y nadie los conozca ni sepa cómo fueron, habrá necesidad de abrir con religioso respeto ese libro de rimas en que están « La Migagita » « El Evangelista » « Pepe el Tuno » y otros ejemplares del mexicano sin mezcla extranjera.

La novia de rebozo de bolita: con el pelo negro como ébano, dividido en dos gajos que caen artísticamente sobre la espalda, rematando en dos gruesas trenzas..... ¿ donde está?..... Francia ha derramado sus modas en todas las clases y rara será la mujer del

pueblo que no cubra la frente con ese fleco que afearía á la misma Venus.

Prieto ha reflejado sus ideas políticas en todos sus versos y á los que soñaban en la federación los metían en oscuros calabozos, ya él decía, sin miedo, á las chinas de su tiempo.

Y no hay nada más análogo
 Á la virtud, y contrista,
 Que por saber el decálogo
 De Ocampo, Arriaga y Arista
 Vaya á aumentar el catálogo
 La que no es federalista.....

¿Cuál fué ese decálogo? El que dió más tarde origen á la gran revolución que transformó por completo este país.

¿Cuál era ese catálogo? Uno que comienza y concluye con nombres muy respetables, el de Ignacio Ramírez por ejemplo.

Prieto tiene toda nuestra moderna historia prendida en sus cantos; es preciso leer sus romances de Llaca, esos terribles cargos contra el poder despótico, para valorizar con cuánta abnegación y con cuánto riesgo se pensaba sin embozo y se hablaba en aquellos tremendos días.

Su composición « Á comer, á comer, soldaditos al Cuartel » cayó como una granada en la militarizada sociedad de entonces:

Lluevan las contribuciones
 Para pitos y tímboles,
 Y palos y proscipciones
 Á esos pillos liberales,
 Contra papeles cañones
 Patriotas de los portales,
 Y á comer, á comer
 Soldaditos al Cuartel.

Nada fué, más tarde, ya en la Guerra de Reforma, tan popular como « Los Cangrejos: »

Cangrejos al compás,
 Marchemos para atrás,
 Zis, Zis, Zas
 ¡ Viva la libertad !

¿Quién, si ha cumplido la que llamó Espronceda « funesta edad de amargos desengaños » no recuerda con qué entusiasmo cantaba el pueblo esa canción á cuyos ecos se unían los nombres de los nuevos soldados, de los nuevos oradores, y para decirlo todo, de los nuevos mártires de nuestras luchas intestinas? Distinguíanse los bandos liberal y reaccionario, por los colores adoptados por cada uno, el rojo y el verde; rojas eran las corbatas, las blusas, las toquillas de los anchos sombreros, las banderolas de las lanzas y las riendas de los caballos de los Guerrilleros; adornábanse de rojo las señoras liberales y en todo el país se llamaba al partido de Miguel Lerdo, de Ocampo, de Degollado y de Leandro Valle: el partido rojo. En él no se admitían liberales tibios que transigieran con las ideas del antiguo régimen, sino los que eran liberales puros y si mancha á toda prueba.

Rojos y puros, eran sinónimos.

Los conservadores de las tradiciones antiguas que tenían de su parte el abolengo, el ejército y el dinero, aceptaron el color verde porque en él puso Iturbide al crear la bandera, la idea y la palabra: Religión, y ellos defendían la Religión y los Fueros concedidos por antiguas leyes á los próceres y á los militares.

Llamábanles « mochos » porque junto al ancho sombrero de los « blusas, » de los « chinacos, » de los « guerrilleros, » el « schacó » parecía un sombrero cortado de la falda ó mocho como dice el pueblo bajo á lo que está trózado ó roto.

Todo lo de los reaccionarios llevaba por distintivo el color verde, y por esto Prieto en la canción de « Los moños verdes » que se popularizó en toda la República, decía hablando del triunfo de los programas conservadores :

Esas son esperanzas
de sacristanes,
verdes como los moños
de sus deidades.

¡ Con qué magistral entonación anunciaba entonces en la tribuna nuestro viejo poeta, los triunfos, las glorias, los dolores de la Patria !

¿ Lo habéis oído en la Cámara ?

Tiembla, palpita, se estremece, lucha, jadea, y acaba siempre arrancando aplausos á cuantos le escuchan.

Era yo un adolescente cuando fui con mis compañeros de escuela, á ver sepultar á Zaragoza.

No olvido la impresión que me causó Prieto ; lloraba por el hombre á la vez que sonreía de júbilo frente á la inmortalidad del héroe..... ¡ estuvo como siempre !

¡ Ha sido y es mucho en nuestras letras !

Los literatos de última hornada ; algunos de esos poetas que se codean con él y lo ven sobre el hombro, ignorando que tienen delante al que condensa toda nuestra poesía nacional, me parecen los gusanos de su pedestal marmóreo.

Él, afable y dulce, los mima, los alienta, los aplaude y sobre todo los compadece.

¡ Cuántas veces algunos de esos pobres indígenas recogedores de malvas y de acelgas, se encontrarían en el campo á Humboldt y á Bonpland, recogiendo piedrecillas y flores y los verían con desprecio !

Nada merece mayor tolerancia y más lástima que la supina ignorancia.

Prieto acaba de alzar un nuevo monumento á las letras patrias con su Romancero de la Guerra de Independencia, libro con el cual — según las expresiones de Altamirano — ha cerrado el cielo de la poesía puramente lírica de México, y sea que el camino que ha abierto sea frecuentado ó no, él habrá adquirido un nuevo título á la inmortalidad, ya que fué en su juventud y en su edad madura el cancionero del pueblo, el poeta pindárico de la Libertad, y siendo hoy en su vejez, á semejanza de Homero, el cantor de los héroes de su Patria. »

Cerca de doscientos romances comprende ese precioso libro y todos ellos rebosan interés y vida.

Prieto ha escrito tanto, que sería hoy imposible calcular ni coleccionar sus obras. Ha abordado múltiples é importantísimos temas. Ha sido ministro de Hacienda varias veces y es autor de un libro « Lecciones de Economía Política » que ha merecido grandes elogios de economistas europeos muy afamados.

La instrucción pública le debe entre otras obras las lecciones de Historia de la Edad Media y las últimamente publicadas sobre Historia Patria que sirve de texto de enseñanza en el Colegio Militar.

Tiene obras descriptivas como su « Viaje á los Estados Unidos » cuyos dos tomos están llenos de interés y de amenas y festivas narraciones ; hay dos ediciones de sus poesías líricas y entre éstas descuella « La Musa Callejera. »

Esta es una importante y valiosísima colección de versos mexicanos. Cuanto es nuestro aunque no nos guste, está allí palpitante ; allí la china, el lépero, el catrín de medio pelo, la dueña peligrosa, la dama almirarada, las reuniones y fiestas de las clases media y última ; el mole, los tamales, el pulque colorado, las aguas lojas, la ensalada de Noche Buena y el jarabe,

el velorio, el casamiento, la prisión y el entierro, todo dirá á los pósteros cómo fué este pueblo antes de que hubiera Ferrocarril Central y de que en vez de ponerles mala cara á nuestros primos los yankees, todos aprendiéramos á hablar el inglés, á beber gim-cok-tail y á llamar « sandwichs » al pan compuesto.

Esos versos revelarán á nuestros nietos que aunque hijos de españoles, tuvimos mucho que nos fué propio é ingénito, y que hubo días en que se supo llevar á tal extremo el amor á una causa política, ó á un nombre limpiamente heredado, que no importaba en su defensa exponer la vida.

Yo amo más que nadie el progreso material de los pueblos, y sueño en que al nuestro lo lleve á su mayor engrandecimiento; que le reforme si se quiere sus hábitos, pero que le deje incólumes su idioma, su libertad y el amor á la familia y á la Patria.

Prieto ha cantado un pueblo así, y sus pinceles maravillosos lo han retratado magistralmente.

No quiero llegar al día en que para buscar un tipo ó una costumbre nacionales, tenga necesidad de abrir llorando las hermosas páginas del primero y más grande de nuestros poetas; sería esa señal evidente de que no existía México, y juro que de las costumbres de mi Patria diríamos todos sin hipérbole en ese caso:

De llorar me quedé ciego
Cuando supe que era muerta,
¿Para qué quiero los ojos
Si no he de volver á verla?

Tiene para algunos mayor importancia el « Romanero » que « La Musa Callejera », pero no se pueden admitir semejanzas si no es en el interés y en el mérito de ambas obras.

Guillermo Prieto todavía siente vigorosa su inspiración, y así cautiva en San Angel hablando de las flo-

res, como asombra en Chapultepec hablando de los Mártires de 1847 y arrebatada en el Congreso en importantes cuestiones.

En ese corazón todavía hay fuego, todavía bulle el pensamiento en ese cerebro que ha sido y es creador incansable de bellas producciones, y todavía sobre esas canas brilla tanto como su blancura la aureola de la inteligencia viril.

Hoy, en libros y periódicos de Europa y de los Estados Unidos, se publican retratos y biografías, encomios y juicios, de Prieto... eso lo agradece la Patria que es madre de tan noble hijo... él, pasa como el poeta de Kios, repitiendo en alados versos las desgracias, los triunfos, las esperanzas y las glorias de esa augusta y Gran Madre.

Vedlo..... allí vá!

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Ignacio Manuel Altamirano, insigne literato, orador elocuente, novelista distinguido, poeta de altísimo vuelo, soldado victorioso y valiente, nació el día 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla (hoy ciudad Guerrero) población del Sur de México que fué también patria del ilustre General Guerrero, uno de los héroes de la Independencia.

Le hemos oído referir con extraordinaria complacencia, que hasta los catorce años llevó una vida humilde, casi salvaje, obteniendo, sin embargo, algunas nociones de instrucción primaria, únicas que po-